

Villa. Para quitar cualquier duda tanto de ello como del amor a su patria chica y a la grande, escribió el poema, sin duda, más inmortal que produjo el exilio español en América y quizá de todas las tierras que registra la historia (ojalá su numeración ya no vuelva a aumentar):

Esa tu tierra te dirán es de polvo,
 como todas las patrias del mundo.
 ¡Pero no!, tu tierra es la fórmula
 archicompleta de ti mismo.
 Eres tú, que quedaste
 más allá de las aguas.
 Nunca más te verás
 y no viéndote no sabrás decir
 y el que no dice es como llama muerta.
 ¿Por qué no vuelves a tu tierra, a ti?
 Recobrarás tu luz, tu vida
 o morirás dentro de ti mismo
 en tu tierra, en tu ser,
 no sobre algo
 ajeno a tu conciencia y tu destino.
 Lo malo de morir en tierra ajena
 es que mueres en otro, no en ti mismo.
 Te morirás prestado
 y nadie entenderá tu voz postrera
 por más que cielo, luz, espada y fuego
 se digan «cielo», «luz», «espada» y «fuego»
 en la tierra en que mueras.
 Tu madrina de guerra no es tu madre
 y si morir es retornar a un seno
 irás al que no es tuyo²¹.

Hay que concluir ya nuestra aproximación. Gustosamente nuestra última estación será Granada. Allí nos espera otro hombre de las mismas calidades humanas y científicas que las de Moreno Villa. Como éste, pero más definitivamente, abandonó su paraíso a los 16 años para no regresar a él sino cuando las amarguras de la vida y la secuela de los furores fraticidas lo habrán probado muy duramente. De la Granada de su infancia —la misma que la de García Lorca, González Arboleya, Melchor Fernández Almagro, Gallego Burín—, sólo quedaba lo que dejaran los moros. De ahí, tal vez, que la evolución ayaliana tenga un tono más colectivo, más social que la de los escritores acabados de glosar. Influye también en ello el hecho de que si bien las materias que nutren sus recuerdos se han pulimentado en el exilio, su cristalización literaria ha tenido lugar en España tras la instalación en ella de este gran novelista y pensador. Tal observatorio quizá haya desprovisto a sus memorias de intimidad poética, de subjetivismo lírico, en beneficio, claro es, de la justeza de los perfiles e imágenes y de una mayor densidad, como decíamos, sociológica de su contenido.

A pesar de este carácter, la Andalucía rememorada y reconstruida desde el exilio suamericano y norteamericano por quien fuera reputado profesor de Sociología y Litera-

²¹ *Apud reproducido en GIMENEZ CABALLERO, E., Retratos españoles (Bastante parecidos), Barcelona, 1986, 156.*

tura en las principales universidades estadounidenses, es una Andalucía de lares y penates. En ningún momento el recuerdo ni la visión ayalianos se extienden más allá del Albaicín o de la Vega. El lema deseado por su paisano Ganivet para la regeneración de España —«In interiori Hispaniae habitat veritas»— se circunscribe al perímetro de la más bella ciudad de nuestra patria. No se crea por ello que el espíritu que anima la pluma del autor de *La cabeza del cordero* es corraleño. Pocas veces se ha visto más duramente flagelado el espíritu de campanario que en la evocación de las andanzas bonaerenses de D. Fernando de los Ríos, hecha por Ayala en el comienzo de su segundo tomo de memorias. En los años diez Granada fue quizás más urbe que en ningún otro estado anterior o posterior de su historia. En perfecta comunión con su entorno rural, la alta densidad de tejido social, de cultura urbana concentrada en su perímetro, hicieron de ella un ejemplo insuperado de ciudad latina. Su postración económica quedaba en parte compensada por el elevado nivel de sus modos sociales y culturales. Y ello fue lo que quedó más grabado en la retina del niño que se exponía bravamente a las hondas de los pastores del campo aledaño, que no lograba aprender el latín en el Colegio de los Escolapios y que veía con ojos pesarosos la procesión cívico-religiosa del 2 de enero, sin que lo último pueda deducir una maurofilia que le identificase con los pugnaces e intensos andalucistas de nuestros días²²... Al contrario que las Andalucías de otros exiliados, la de Ayala tiene muy poco de oreo de mar. Es decir, la presencia de América se deja muy poco sentir en ella. De alguna u otra forma, en casi todos los autores analizados con anterioridad, América es la hija legítima de Andalucía, confundiendo sus caminos en las venturas y desventuras de muchos de los seres que pueblan el mundo histórico o fabulador de los escritores antecitados. Ninguna iconoclastia hay que ver en lo que simplemente es la expresión de un estado de ánimo menos conturbado por la ausencia de una patria más pronto «recobrada» que en otros compañeros de exilio que carecieron de igual fortuna —Juan Ramón o Moreno Villa—, al mismo tiempo que la manifestación de un deseo más autonómico e independiente para el futuro del llamado continente del siglo XXI que el tenido habitualmente por los historiadores españoles cara a él. La lucidez espectral, que es la característica quizá definitoria de toda la obra ayaliana, no claudica tampoco en este punto. Las raíces andaluzas de la vida americana no deben ser yedra sofocante ni tutela paralizadora, sino fuente de identidad y de estímulo. América no está hecha para Andalucía, sino lo contrario. Esta es la gran-

²² «El encargado de llevar a cabo la ceremonia daba los gritos solemnes: «¡Granada, por los ínclitos Reyes don Fernando y doña Isabel!...», tremolando el pendón sobre las cabezas de la multitud curiosa y festiva; y año tras año, al escucharlos, se me apretaba el corazón. No sé por qué, esa ceremonia, a la que nos llevaban como a una alegre diversión, me inundaba de tanta tristeza. ¿Sería bastante para ese efecto el sentimentalismo, en gran medida literario, las nostalgias arábigas derramadas sobre mi imaginación infantil por los cuentos de la Alhambra, de Washington Irving, cuya traducción teníamos en casa, o por El Alcázar de las Perlas, de Villaespesa, que mi madre nos leyó una vez en voz alta, o por mi contemplación admirada de los moros viajeros que visitaban el palacio y se demoraban mirando desde su altura la extensión de la ciudad antaño perdida? ¿Bastarían esas cosas para hacerme amarga la conmemoración de la toma de Granada por los Reyes Católicos —una amargura, por lo demás, nunca confesada a nadie—? Más tarde se me ha ocurrido reflexionar que, sea como quiera, Granada es una ciudad muy triste, impregnada de singular melancolía; una ciudad frustrada —no en vano es llamada «la tierra de la mala follá»—, como si el testimonio magnífico de su pasada grandeza se mantuviera en pie tan sólo para hacerla rumiar sin tregua la humillación de haber venido a menos». AYALA, F., *Recuerdos y olvidos*, Madrid, 1982, 61-62.



deza de las regiones y comunidades con patentes civilizadoras. Y muy pocas de las del Viejo Occidente pueden blasonar a tan justo título de ellas como la nuestra.

Aparte de a los que tan sucinta y amputadoramente nos hemos acercado, otros intelectuales andaluces y españoles y hombres de letras a los que la resaca del exilio varó en tierras americanas, recrearon desde allí la historia íntegra o parcial de nuestra región, tramos y trazos de vida individual y colectiva. Con qué arrobamiento, por ejemplo, penetró en la sabiduría de algunos menestrales sevillanos D. Pedro Salinas desde la Norteamérica britanizada de Baltimore o Boston. Esos epistolarios que para vergüenza de los hispanos de hodierno permanecen aún inéditos y que atesoran confidencias, desgarrones de alma, rectificaciones, esperanzas, de hombres como los cordobeses Antonio Jaén Morente, Juan Rejano, Eloy Vaquero o Gallegos Rocafull —gaditano de nacimiento—, cuántas meditaciones y reflexiones sobre el sur y la gentes de nuestra tierra no encierran. Otros, a la manera de uno de los más grandes críticos de la literatura de la España contemporánea, José Fernández de Montesinos, prefirieron volcar en la reconstrucción de ciertas vidas andaluzas pedazos de la suya, que el buen explorador puede detectar sin mayores esfuerzos.

Recuerdos y trabajos que merecen un tratamiento específico y moroso y que, pasadas las hipotecas y secuestros de las falacias y politiquerías —unas y otras bien rentables, por lo demás— que sofocan el crecimiento del verdadero conocimiento de la tierra, emprenderán espíritus atraídos por las auténticas fuentes de nuestra personalidad, no por sucedáneos o mixtificaciones. Sensibles por su naturaleza al agradecimiento, lo mostrarán hacia aquéllos que en el dolor del exilio desearon, desde cuadrantes ideológicos bien diferenciados, un porvenir venturoso para Andalucía. Sería bueno que, desde el senado cultural que constituyen las Academias e Instituciones que vivifican el presente congreso, le abriésemos camino.

José Manuel Cuenca Toribio